

CESEDEN

EUROPA Y LOS ESTADOS UNIDOS

- Por Giuseppe VEDOVATO.
- De la "Rivista di Studi Politici Internazionali" nº 7/79.
- Traducido por el Coronel de Aviación D. Antonio BARTOLOME FERNANDEZ DE GOROSTIZA.



Febrero 1979

BOLETIN DE INFORMACION nº 133-VI

Casi coincidiendo con las elecciones del Parlamento europeo, una crisis desde hace largo tiempo latente y, desgraciadamente, no prevista o no afrontada por Gobiernos y Naciones, se ha manifestado en toda su gravedad. Aparentemente, se trata de la crisis energética, es decir, del encarecimiento y de la disminución del flujo de petróleo, del cual Europa es importadora. Pero, en verdad, se trata de una crisis que representa, en primer lugar para Europa, una espada de Damocles, en términos más o menos decisivos que aquellos que fueron afrontados con éxito en la segunda mitad de los años 40, gracias a la pronta intervención americana y a la valiente e iluminada respuesta de los hombres de Estado de la Europa libre. Solo que, entonces, la crisis -a la cual cada europeo libre era sensible- tenía las características concentradas, precisamente, sobre el lugar representado por la Europa marítima. Y factor de no menor relieve, era una América regida por sus mejores hombres, conscientes de los propios intereses primordiales, o sea el de unir en un verdadero y preciso sistema occidental las dos orillas del Atlántico, en defensa de la libertad, del proceso cívico de ambos continentes y de la paz mundial. Hoy, se producen equívocos entre estas dos orillas y se plantean pretextos sobre posibles divergencias de intereses y de acciones, con mucho daño para ambas.

Las señales de la verdadera crisis deberían ser evidentes para todos: la libertad de maniobra, política y militar, de los Soviéticos, respaldada por armamentos colosales, en cada continente; la discontinuidad e inseguridad de la política de Carter; la desconfianza por parte de los amigos del Tercer Mundo en relación con los Estados Unidos; la reacción desordenada de los productores del petróleo, el perfilarse un caos económico, financiero y social. Todo ello debía haberse previsto, desde

la caída de Kruchev y después, al producirse los acontecimientos que sucedieron: entre otros, el bloqueo energético una vez finalizada la guerra del Kippur. En cambio, este gradual proceso de desestabilización mundial no se tuvo en cuenta y, en este momento, Europa se encuentra cara a cara con una realidad, que se identifica como un grave peligro para su misma supervivencia.

Hasta ahora ¿cómo ha reaccionado Europa? . En concreto , se ha perfilado, por primera vez en muchos años y por encima del bizantinismo de la tecnocracia de Bruselas, con una voluntad política unitaria. Esta voluntad ha dado vida al SME ( Sistema Monetario Europeo ), recientemente a las decisiones energéticas de Estrasburgo y a la consiguiente resistencia opuesta, en Tokio, a las presiones americanas, tendentes a un mezquino "divide y vencerás" entre los Europeos. La voluntad de obrar de acuerdo y de formar un frente único, como medio de afrontar la crisis que conmueve a Europa, parece pues confirmada. Este es un dato positivo, pero no suficiente: es necesario que ahora cristalice en una práctica que tienda a objetivos, que bloqueen la crisis en todos sus aspectos, además de los inmediatos energéticos, la superen y prevean un protagonismo europeo. Esto solo puede llegar acelerando el proceso de unificación gracias al mantenimiento de una voluntad política común, independientemente de las disquisiciones institucionales. Europa debe, ante todo, poder anular el vacío potencial sobre el propio territorio y sus mares, así como de las áreas limítrofes, históricamente complementarias a ella. Esto servirá para disipar las ilusiones mundiales del bipolarismo, fundado sobre el diálogo nuclear y sobre relaciones confiadas a la fuerza bruta. El fin último es la reconstrucción internacional.

Esta línea no sería válida, si se excluyera el retorno sincero al sistema occidental que actualmente, según las acertadas palabras del Canciller Schmidt, aparece como constelación, donde cada cual se mueve libremente, según exigencias particulares e intereses locales o personales. Se vuelve al espíritu del Plan Marshall y del Pacto Atlántico, interpretado por la Europa unida: es el medio por el cual los Estados Unidos, con sus fuerzas militares, económicas, tecnológicas y también morales, reemprenden, sobre el doble plano interno e internacional, sus funciones, que hoy, francamente, no son siempre identificables en los movimientos y contra-movimientos de Carter.

De aquí se deduce que Europa agravaría el peligro inminente si olvidase dos elementos esenciales para su supervivencia y progreso: la

interdependencia de la seguridad, de la libertad y del bienestar occidentales, y la común civilización clásico-cristiana. En Italia, se discute de "un Tiber más ancho o más estrecho"; Europa se preocupa, realmente, de un Atlántico, que no debe ser océano separador de dos mundos, sino un camino que los une. Actuar de forma distinta, en las palabras y en los hechos, es un grave error: lo cual se viene realizando desde hace tiempo, muy frecuentemente, por una y otra orilla atlántica. Por parte de Europa, en especial, se desiste de ser impacientes o displicentes; no se insiste sobre la prioridad de la "distensión" y sobre el rechazo de utilizar la "carta china": se tiene en cambio presente que la crisis energética, expresión de una crisis mucho mayor, podría tentar a los viejos señores del Kremlin a sacar provecho, de una vez para siempre, de la debilidad occidental, ¡para jugar la "carta europea"! Hoy está de moda poner en duda la voluntad americana de defender Europa: esto resultaría - una realidad, o, peor, aceleraría los motivos de una guerra nuclear combatiendo sobre territorio europeo, si Europa no supiese moverse en el ámbito occidental y reconstruir, por propia iniciativa, el sistema. No se olvide que más allá de Carter y de sus colaboradores, está siempre la sana y potente nación americana, hermana de Europa.

-----